

viere en nada, ¿no bastaría esto solo para ser de la reina del cielo desde la cuna?

XIV. Aquí exclamaría yo de buena gana con Jeremías: ¡Oh qué bueno es llevar desde la mocedad el yugo del servicio de la madre de Dios! ¡Con qué satisfacción se recogerá dentro de sí mismo el que le lleve y se elevará sobre sí para bendecir á Dios cien veces al día por haber sido prevenido tan dulcemente con sus bendiciones y para consagrar todos los instantes de su vida al servicio de la reina de los ángeles! ¡Oh qué aprecio hará de un favor tan singular y tan estimable! ¡Con qué esmero le buscará para captarse mas y mas la gracia de nuestra señora!

XV. Una de las mayores ventajas de que gozan las almas justas, es el ser presentadas por buena mano á nuestra señora. Esta fué la dicha de santa Matilde, á quien nuestro señor Jesucristo se dignó de hacer la gracia de darla él mismo á su madre. Estaba la santa leyendo un día aquel pasaje del Evangelio, en que el Salvador dice á María santísima hablando de S. Juan: Mujer, ve ahí á tu hijo; y ella se sintió inspirada para pedir á su esposo la ofreciese á su madre y le dijese: Madre, ve ahí á tu hija. En el mismo instante oyó que Jesus le hablaba de esta suerte: Mi venerada madre, te recomiendo esta mi esposa y te ruego cuides de ella como harías de mi mismo si me vieras delante de ti lleno de heridas y llagas. Acuérdate del aprecio que hice de ella cuando derramé toda mi sangre por su salvacion. En fin te la recomiendo como la amada de mi corazón. ¿Podría inventar el entendimiento humano una recomendacion mas eficaz ó alcanzar una dicha mayor que esta? No obstante aunque el favor es de los mas singulares que podemos esperar en la tierra, no se piense que no es posible conseguirle si ponemos la diligencia y el ahinco de los grandes santos. Santa Matilde considerando

la dicha que le habia acontecido, y cobrando nueva confianza se atrevió á preguntar á nuestro Señor si estaba dispuesto á hacer la misma gracia á los que lo desearan; á lo cual respondió el Salvador que sí con la cabeza, asegurando que en el despacho de sus gracias no habia acepcion alguna de personas.

XVI. Ea pues, buenas almas, vamos á Jesus, si queremos ser recibidos propiciamente de su madre; porque así como es propio de la Virgen llevar las almas á su hijo, segun mostré en el tratado anterior, así tambien es certísimo que uno de los oficios mas agradables del hijo en el cielo es atraerlas al amor y devocion de su madre y recomendárselas con el mejor afecto.

§. II.—El segundo rasgo de amor es tratar frecuentemente con ella y tenerla siempre en la memoria.

I.—El amor no sabe lo que es descansar, porque siempre está en vela y atento al objeto amado. Y no se crea que el amor sobrenatural posee mas débilmente los corazones que el humano; al contrario es mas fogoso cuanto mas noble en su origen. Por eso los amantes de la madre de Dios suelen dejar muy atrás á todos los esclavos del amor insensato.

II. La primera prueba que dan de esta memoria amorosa, es llevar siempre consigo alguna señal que les recuerde la Virgen. Los braemanes ó gimnósifistas de la India por no olvidar jamás á uno de sus falsos dioses llevaban al cuello tres cordones en honor de los tres hijos que este habia dejado. Sabemos por S. Juan Crisóstomo (1), S. Agustín (2), Clemente Alejandrino (3) y otros varios que los antiguos llevaban las imágenes de

(1) Hom. 35 in Genes.

(2) Quæst. 112 in Genes.

(3) Pædag., lib. 2, c. 11.

sus dioses grabadas en anillos y pendientes ó en collares que les caían sobre el corazón. Algunos doctos intérpretes juzgan que esto es lo que el Espíritu Santo llama escribir sobre las tablas del corazón. Los filósofos epicúreos para tener siempre á la vista la imágen de su maestro la estampaban en los vasos de que usaban en la mesa, y en las demas piezas de la vajilla. Y el esposo de los Cantares ¿no pide á su casta esposa que lleve siempre su retrato sobre el corazón y en el brazo, para que no se le aparte jamás del pensamiento? Si el amor carnal desordenado sugiere tantas industrias é invenciones á los que estan dominados de él, ¿será menos industrioso el de los siervos de la Virgen? Por no incurrir en esta nota unos graban su imágen en anillos; otros la llevan en algun medallon junto al corazón; otros visten su librea ó gastan algun cordon, correa ú otra cualquier insignia propia de ella. Pero seria ofender al amor el querer enseñarle todas estas particularidades, porque antes dejará de calentar el fuego que á él le faltan arbitrios.

III. Otra prueba de esta memoria amorosa es apreciar las pláticas con la reina del cielo y deleitarse en tratar con ella gastando todo el tiempo que se pueda. Estanislaw de Kostka aprovechaba todas las ocasiones para abrirle su pecho; lo cual hacia con increíble ternura, porque no la llamaba mas que su buena madre, lo mismo que el cardenal Pedro de Luxemburgo y otros muchos. Tomás Cantipratense, obispo de Lusencé y uno de los hombres mas doctos de su tiempo, cuenta una cosa chistosa. Un judío rico de Colonia tenia una niña de cinco años llamada Raquel, muy aficionada á la religion cristiana y en especial á oír hablar de la madre de Dios, en cuyo nombre daba á los pobres todo lo que podia hallar en su casa. Su padre se la llevó á Lovaina y sin pensar le proporcionó el medio de ser ins-

truida en nuestra santa religion. Aun no habia cumplido Raquel siete años, cuando conociendo el padre la inclinacion que tenia á hacerse cristiana, la prometió á un joven de su secta y trató de enviarla al otro lado del Rin. Pero la niña que lo supo por revelacion de María santísima, se fué á casa del sacerdote que le servia de maestro, y contándole el apuro en que se veia, consiguió ser bautizada con el nombre de Catalina en un monasterio de monjas bernárdas y tomar allí mismo el hábito para consagrarse al servicio de Dios y de su madre santísima. Entretanto el padre avisado de lo que pasaba no dejó piedra por mover é interesó á las personas mas poderosas de la ciudad para entrar en tratos con el obispo y escribir al papa Honorio III, á fin que se le permitiera sacar á su hija del convento y tenerla en su casa hasta que cumplierse doce años. Catalina se opuso con mucha firmeza á esta invencion de Satanás y defendió su causa ante el obispo de Lieja con tanta resolucion y expuso razones tan convincentes, que todos cuantos la oyeron, juzgaron que el Espíritu Santo hablaba por su boca y que de su parte estaba la justicia. Pero lo que hace mas á mi intento, es que habiendo ganado la causa quedó tan agradecida toda su vida á la Virgen santísima por aquel beneficio, que cuando las otras religiosas bajaban al locutorio á hablar con sus parientes, ella que no tenia á nadie en el mundo, se iba á postrar ante una imágen de nuestra señora y le decia: Virgen santísima, tú no querrás dar repulsa á una pobre huérfana, que viene á tí como á su reina, su madre, su tia, su hermana, su prima, en fin su única parienta. A medida que pronunciaba estas palabras, vertia dulces lágrimas y olvidándose de todo lo demás tenia inefables coloquios con María. El mismo Tomás Cantipratense afirma haber hablado muchas veces con ella y oído de su misma boca lo que escribe.

IV. ¿Quién nos dirá cuáles eran los sentimientos del inflamado corazón de Alfonso Rodríguez, religioso de nuestra compañía, cuando arrebatado y como fuera de sí de amor decia á la Virgen: Oh madre mia bondadosa, yo te amo á ti mas que tú á mi. Y la amante madre le respondió: Te engañas, mi querido Alfonso: nadie me ha excedido nunca en amor mas que mi hijo. El de tu corazón no es mas que una centellita al lado del mio, que es una verdadera hoguera de amor. Dios mio, ¡qué atrevimiento por un lado y qué bondad por otro! ¡Qué atrevimiento de aquel corazón filial, de donde salian tales arranques de amor! ¡Qué bondad de aquel corazón maternal, que no se ofendia de semejante libertad! ¡Qué dulcedumbres y qué gustos en aquellos coloquios amorosos! ¿No prueba esto el dicho de S. Juan Damasceno; que el que hace de su memoria y de su entendimiento un retrete ó mas bien un oratorio á la Virgen, goza sin intermision de una quietud indecible y de un contento perfecto (1)? ¿Y qué otra cosa hacia aquel siervo bueno y fiel de María, que sin hablar de la continua memoria en que la tenia como á su buena madre, no dejaba jamás de saludarla á todas las horas del dia con una Ave María y una Salve, para que rogase á su hijo por él? Los que saben lo que es esta comunicacion, confiesan que hay dulcedumbres que pueden saborearse, pero no explicarse con palabras, y que se encuentran en ella ventajas que merecen ser buscadas con toda la diligencia imaginable. Con efecto si la amistad es un pincel que insensiblemente pinta en nuestros corazones los vicios ó las virtudes y los demás afectos de nuestros amigos; ¿qué provecho no sacarán los devotos de la Virgen de la conversacion que tienen con ella, pues estampa

(1) Orat. 4 de B. Virg.

en sus almas los caracteres de sus mas excelentes virtudes y celestiales calidades?

V. Debo hacer un elogio particular de Juan Berk-mans, uno de los ángeles de nuestra compañía, porque una de las principales virtudes entre las muchas de que estuvo adornada su corona á manera de piedras preciosas, fué su tierna devocion á la Virgen, á quien tenia de continuo en la memoria. Gustaba mucho de que se supiera esta devocion, no porque desease hacer alarde de su piedad, sino por poder hablar de ella con mas libertad y en todas ocasiones. La noche antes de morir dijo á un condiscípulo suyo que el principal y mas poderoso medio de que se habia valido para aprovechar en la perfeccion, habia sido el amor y devocion á la Virgen santísima, á quien llamaba ordinariamente con el acento de la confianza su buena madre. Ve aquí cómo habla en un pasaje de sus memorias: «Oh maestra y aya de mi aprovechamiento en la virtud, de mi salud y de mis estudios, dulce virgen María, tú eres mi bondadosísima madre.» En todas sus conversaciones particulares buscaba siempre ocasion de hablar de ella y de sus eminentes virtudes. En el colegio romano hay una capillita dedicada á nuestra señora, la que visitaba Juan tan á menudo, que puede decirse hacia lo mismo que S. Bernardino con una imágen de la Virgen colocada sobre una puerta de la ciudad de Sena, segun queda referido en otra parte. Oiga el lector en qué términos y con qué sentimientos de afecto hablaba de esta gloriosa señora: «Si yo amo á María, estoy cierto de mi salvacion y de mi perseverancia en la religion y de que además alcanzaré de Dios cuanto quiera, y seré omnipotente.» En sus breves escritos devotos se halla repetido á cada paso el propósito de amar y servir fielmente á la Virgen.

VI. Solia decir que todos necesitan tener como un asilo cierto, á donde puedan recurrir con confianza en

todas sus necesidades, especialmente en las que ocurren de repente y como de sorpresa, y que el mejor eran las llagas de nuestro Señor y el manto sagrado de la Virgen. Preguntándole un día de qué medicinas usaba en sus tribulaciones, respondió: De cuatro, que son la oración, la ocupación, la paciencia y el regazo de María. Todos los días rezaba el rosario con tan devota atención, que muchas veces le acontecía no ver siquiera á los que pasaban ó le saludaban. Había recopilado de diferentes autores las alabanzas de la Virgen, y á cada paso echaba mano de ellas; pero en especial meditaba las doce virtudes principales de nuestra señora cuando rezaba la corona de las doce estrellas. Acostumbraba decir nueve veces al día estas palabras: *Beata viscera Mariæ virginis, quæ portaverunt æterni Patris filium*; arrodillándose siempre que las decía.

VII. Pero la época mas favorable de todo el año para que su corazón tomara vuelo, era la de la recreación despues de acabado el curso. Por el camino iba rezando el oficio de la Virgen y la letanía lauretana, conversaba con nuestra señora ó discurría acerca de sus incomparables méritos con los otros; y esta era su mayor recreación. Si encontraba algunos particularmente devotos de María, su gusto era trabar una especie de competencia sobre quién la alabaría y ensalzaria mas. ¡Cuánto se le ocurría entonces! Muchas veces no sabiendo ya los otros qué decir y habiendo agotado la materia, él continuaba con extraordinario gozo y con tanta copia, que antes le faltaba el tiempo que el modo. Dormía como buen soldado de la Virgen con el rosario en el brazo, y al fin de su vida le llevaba colgado al cuello. Ayunaba todos los sábados y siempre añadía al ayuno alguna otra mortificación, porque en tal día nació y entró en la Compañía. Había hecho voto de defender perpetuamente la inmaculada concepción

de nuestra señora, con tal que la iglesia no definiese otra cosa, y que el primer libro que compusiera seria del mismo asunto. Ya tenia formado el plan y anotaba cuidadosamente en los libros de los santos padres y demás que leía, cuanto podia servirle para aquel. Cuando deseaba alcanzar algo de nuestra señora para si ó para los otros, lo escribía en un papel añadiendo algun voto que se obligaba á cumplir cuanto antes, por ejemplo rezar algunas partes de rosario ú otras oraciones: despues ataba este papel á una imagen de la Virgen, se ponía á hacer oración y por lo comun conseguía lo que habia pedido. Finalmente por no ser mas largo pondré las devotas palabras que se encontraron escritas de su puño: «Nunca tendré descanso mientras no alcance un tierno amor á mi dulcísima madre la bienaventurada vírgen María.»

VIII. Véase si el amor es ingenioso y si son admirables sus invenciones. Pero si deleita leerlas ú oirlas referir, aun deleita mas experimentarlas. ¡Qué dichosas son las almas á quienes Dios ha hecho la merced de conceder en porción tan santos y devotos sentimientos! Abriguense por siempre en el seno de la madre del amor hermoso, y allí esten libres de todas las fatales ocasiones con que tropezamos en este valle de lágrimas.

S. III.—El tercer rasgo de amor es gozarse de sus perfecciones y compadecerse de sus dolores.

I. El devoto S. Anselmo da un privilegio singular al amor cordial de la madre de Dios diciendo que el que ha gustado la dulzura de él, puede esperar tener parte en los méritos de la Virgen santísima. Juzgo que este privilegio corresponde al sentimiento de que voy á tratar, mas bien que á los otros por el interés que toma en el bien y en el mal de aquella celestial princesa.